

XV

Este efecto fué lento, sin embargo, y la maestra no se dió cuenta desde un principio, porque también parecía que de vez en cuando pensaba mantener viva entre la escolaresca su reputación de calavera sin respetos y sin miedo, con alguna bravata que promoviera escándalo ó suscitase tumulto.

Pero esto lo hacía ya de una manera nueva, más para llamar sobre sí la atención que por ofender á la maestra; quién, penetrando en su pensamiento, no se indignaba de aquellos actos como antes. A los pocos días, además, notó en él otras novedades; un cierto esmero caligráfico en los trabajos particulares, un ligero cambio de entonación en la lectura, como si se esforzase por vencer su ronquera y modular mejor la voz, y un modo de oír y de aceptar sus correcciones que distaba mucho del de antes; aparte de que trataba casi de prolongarlas, con objeciones y pregun-

tas monosilábicas, como hubiese hecho en una conversación que le agradara.

Una noche, en que á la maestra se le cayó la pluma y fué rodando hasta el pie del primer banco, él se metió por debajo con un rapidísimo movimiento, la cogió y se la devolvió; este hecho despertó en la clase un murmullo de estupor.

Un servicio todavía más cortés le prestó al poco tiempo.

Hélo aquí.

Alguna vez se asomaban al agujero de la estufa ratas enormes que venían de la fábrica de curtidos que estaba inmediata, pasando por los conductos del agua; y los escolares quietos, sin que nadie se moviera para espantarlas ó cazarlas, se divertían con los sobresaltos de la maestra al oírlas chillar detrás de la rejilla.

Cierta noche, habiendo reaparecido las ratas y mostrando la maestra su temor en medio de las risotadas de los chicos, se deslizó por bajo del banco y fué á dar con el pie en la rejilla; después de lo cual, para disfrazar la cortesía del hecho, volvió á su puesto lanzando á la clase una agudeza en su jerga, que promovió nuevas risas. A pesar de esto también fué anotado este hecho,

y agregado á los demás indicios, despertando en los escolares más astutos ciertas sospechas.

Uno de los primeros que se mostró sospechoso fué el chiquito Maggia. Se propuso vigilar á la maestra y al joven corriendo continuamente con sus ojos de águila, con rapidez fulmínea del uno á la otra, tosiendo ligeramente cuando le preguntaba á él, dando con el codo á su vecino, y haciendo señas con los ojos á los demás cuando le parecía que Muroni se quedaba en atenta contemplación mirando á la maestra; con la debida cautela sin embargo, porque conocía bien al amigo y no era cosa de juego.

La Varetta llegó á notarlo, y si bien por instinto ahora que lo veía cambiado, estuviese dispuesta á mirar al joven con menor desconfianza y á preguntarle con mayor frecuencia, no obstante, hacía lo uno y lo otro el menor número de veces posible, temerosa y atormentada por la vigilancia continua de aquellos dos ojos sonrientes y malignos, que le hurgaban en el alma.

Pero, al fin, se veía libre del tormento peor y vivía más tranquila.

XVI

Vivía, en efecto, más tranquila, porque no conociendo la indole de los jóvenes de aquella clase y de aquel temple, pensaba que aquel cambio no pasaría más adelante. Mas cuando él se dió cuenta de que, cesando en ella, por efecto de su nuevo comportamiento, el miedo y la repugnancia antigua no eran sustituidos por la simpatía, sino por una indiferencia igual á la que mostraba por los demás, entonces sintió todo el peso de una desilusión, que lo exacerbó más. En la aversión medrosa que por él tenía primeramente la maestra, al menos encontraba una cierta satisfacción su amor propio, ya que le parecía un efecto de su triste celebridad, de su reputación de hombre capaz de todo género de audacias; y al menos entonces no se hallaba confundido con los demás; tenía, en la escuela y ante ella, la primacía de que luego fuera de la escuela se vanagloria-

ba; en fin, gozaba en producirle una impresión fuerte cualquiera que ella fuese.

Ahora, cesando su poder, se encontraba como desarmado, sin medio alguno para atraer la atención de ella y de interesar su ánimo; y en su creciente simpatía sentía más rabiosamente la diversidad de condición social, la inferioridad de la cultura, la diferencia de educación, de maneras, de todo, que le quitaban toda esperanza de ser correspondido. Hé ahí cómo iba insinuándose en él poco á poco, un nuevo y más amargo fastidio por su estado, una nueva y confusa ambición dirigida á muy otras miras que las de un principio en que buscaba la gloria de las bribonadas, de la importancia, de la victoria en las riñas. No teniendo, sin embargo, esta ambición nueva desahogo posible, le abrasaba su interior como una llama encerrada, que redoblaba á su vez el ardor de la otra pasión. A pesar de esto, por instinto, procuraba en algún modo y casi sin pensar, acercarse á ella. Un ojo atento, hubiera observado en él de un día á otro que el mechón de pelos había sido removido de la frente, que la cara y las manos estaban más limpias, mayor pulcritud en las ropas, algo en sus maneras en clase, y hasta cier-

tas particularidades en medio de las incorrecciones groseras de sus trabajos: todo anunciaba una intención de refinamiento en la persona y en la mente, y casi una imitación de un modelo ideal.

De todo ello no se enteró la maestra, como tampoco de la transformación especial en su modo de mirarla, por lo cual casi hubiera ella llegado á sospechar sentimientos contrarios á los que le animaban.

Era una extraña, siniestra, mirada torva, insistente y tenaz, más bien dirigida á toda su persona que á sus ojos, que pretendía esquivar; una atención disimulada, pero fija é indagadora, que se tomaba por objeto aun el más pequeño de sus movimientos, como si cada uno tuviera para él, el significado de una palabra escrita, no muy inteligible, de alguna lengua extranjera; una visible meditación de todas las frases que salieran de labios de ella, algo distintas del acostumbrado lenguaje didáctico, como si fueran otros tantos resquicios por donde él tratase de penetrar con el pensamiento en su alma, ver lo que en ella hubiera de nuevo y de extraño para producir tales sonidos que él jamás había oído.

En cuanto á su conducta para con ella no

crecían ni poco ni nada las manifestaciones corteses y de respeto; estaba aún por su parte tan en calma, que podía cuidar de no descubrirse abiertamente. A la salida y á la entrada, sin embargo, en los momentos en que creía él poderla mirar sin ser visto, encontrábase la maestra con su mirada aguda, centelleante, no más audaz pero severa, inquieta, ávida, descontenta; velada por una sombra de vergüenza, no la vergüenza de las insolencias pasadas, sino la de la naciente pasión.

La maestra, sin embargo, creía lo primero, y sin sospechar otra cosa estaba relativamente tranquila.



XVII

A este punto habían llegado las cosas, cuando una mañana que paseaba al sol en el patio, durante el recreo de sus niños, la maestra vió presentarse en la puerta á la madre de Muroñi, que preguntaba por ella. No pudo reprimir un movimiento de pesar como si la excesiva familiaridad con aquella mujer estableciera algo de común entre ella y su hijo. La pobre vieja entró con las manos debajo del delantal moviendo con respetuoso ademán sus dulces ojos de víctima, en los cuales, ya digimos, parecía haberse congelado dos lágrimas; se acercó á la Varetti, sonriente, como si mediara ya entre ambas una buena amistad, y le dijo en voz baja, con aire misterioso, con acento de tímida satisfacción:

—Es mejor, sabe usted; de algún tiempo á esta parte se porta mejor. Parece algo más tranquilo. Ya no me trata mal. No va á *La*

Gallina. Me parece un sueño, en verdad. Por la noche se queda en casa trabajando. ¡No ceso de dar gracias á Dios noche y día!

Y miró recelosa hacia la puerta.

La madre atribuía tal cambio á la escuela, y precisamente venía á dar las gracias á la maestra, y también á hacerle una súplica.

—¿Sería?—le dijo,—y perdóneme la libertad, señorita, buena ocasión para aprovechar el buen estado de mi hijo que parece tan bien dispuesto, aquello que ya otra vez le dije á usted, de hacerle entrar en su alma un poco de religión; que se decidiera de una vez á cumplir sus deberes, ya que hace diez años que no se acuerda de los Sacramentos. ¡Dios misericordioso, diez años, lo oye usted! Y decir que de vez en cuando tengo que darle todos los cuartos que tengo para hacerle decir un Padrenuestro ó un Avemaria, y que no vaya á acostarse como un perro; y tengo aún en la cabeza la idea de que dice muchas otras cosas que oraciones, por los gestos de la boca, cuando le doy los céntimos!...

Después respiró y prosiguió:

—Si quisiera usted hacer esta obra de caridad, señora maestra, ya que le enseña tantas otras buenas cosas;... hacerle entender que lo primero es salvar el alma, para que

yo tuviera este consuelo antes de cerrar los ojos, de verlo reconciliado con el Señor! ¡Porque si no se aprovecha este momento, créame, otro como este no vuelve más: yo no le he visto nunca tan bueno desde que Dios me lo mandó, á fe de mi alma!

La maestra volvió la vista hacia otra parte para no revelar la satisfacción que su amor propio sentía con las últimas palabras. Le respondió que haría todo lo que pudiera, pero que podía bien poco.

—De todos modos—dijo la mujer, echando otra mirada á la puerta entreabierta,—es preciso confesar que la escuela es una gran bendición de Dios, hace bien aun á mi hijo. Porque no cabe duda, es la escuela.

En este punto quedó, como poseída por una idea nueva, algo pensativa, mirando al suelo; luego alzando los ojos, dijo por lo bajo:

—Salvo el caso...

La maestra la miró.

—Salvo el caso—continuó la mujer, volviendo nuevamente sus ojos á tierra,—de que sea alguna *simpatía de sentimiento*... como el año pasado por la hija del cortador.

A la maestra le asaltó una sospecha, instantánea; veíase que el pensamiento de la

madre estaba á mil leguas de distancia de ella.

—Y sin embargo—repuso ésta, reflexionando,—por más que he indagado, y aun preguntado, no he podido sacar nada en limpio.

De repente volvió otra vez á la religión. La maestra le dijo que por qué no recurría al párroco. ¡Santo Dios bendito! aquel buen viejecillo tan alto, tan sonriente con todo el mundo, era un santo varón, pero no quería mezclarse en estas cosas. Sospechaba ella que tenía un poco de "temor," á su hijo. Y este "temor," que quería decir miedo, era un ripio, en el cual el amor materno ponía, sin embargo, una sombra de vanidad. Y lo mismo que á los demás le pasaba al caballero Sanis, dueño de la fábrica, al doctor, que le habrían podido amonestar y dar consejos; parecía que también por su parte tenían ellos un "poco de reparo", bromeaban con él, cuando se encontraban; pero nadie quería ponerse frente á frente de él.

—En fin—dijo,—nuestro Señor seguirá ayudándonos como hasta aquí, ya que ha comenzado.

Y al irse, mientras repetía las gracias á la maestra con expresión humilde y afectuo-

sa llena de admiración, su mirada se detuvo, avivándose un momento, sobre ella, como al surgir un pensamiento nuevo... Pero el pensamiento pasó.

—Voy á rezar por usted, señorita—le dijo desde la puerta,—y volviendo su pobre espalda corta y encorvada de vieja mártir, se encaminó hacia la Iglesia.



XVIII

—¡En suma, ya está domado!—dijo para sus adentros la maestra. No había ya que temer ni insultos, ni violencias, podía ir y venir libremente por el pueblo, era libre, estaba contenta y en cierto modo orgullosa de su obra. Con tales pensamientos no titubeó un momento en salir de casa sola al día siguiente, al anochecer, cuando vino un muchacho con la llave del cuarto de la maestra Latti y con una esquila escrita en lápiz en la cual su amiga le suplicaba que buscara en su alcoba unas medicinas y se las llevara en seguida al pueblo, á casa del panadero, donde se había guarecido por haberse sentido mal en la calle. Se metió en el bolsillo los frascos, se puso el sombrero y el abrigo, y se fué á buen paso, aguantando la nieve que caía á grandes copos y ya lo había puesto todo blanco. Encontró á la maestra Latti tendida sobre un sofá, asistida por la mujer

del panadero y por sus hijas, que sonreían maliciosamente.

—¡Ay, Enriqueta!—exclamó aquella, cogiéndole lánguidamente la mano.—¡Aún te veo!

Su semblante, sin embargo, no justificaba la tristeza mortal de aquel saludo. Teniendo dolor de cabeza, y habiéndose resbalado en la calle por haber puesto un pie en falso, creyó ella que había caído á causa de un arrebato de sangre á la cabeza, con lo cual se le habían venido encima, valiéndose de la ocasión, todos sus otros males. Transportada á la habitación de arriba, se había incomodado con el médico—un tipo rubio, grueso y burlón—que, por toda medicina le había aconsejado los aires de Massaua; y luego había caído en un profundo abatimiento.

—Vete—dijo con débil voz á la Varetti, después de haber engullido la medicina precipitadamente,—ya no te necesito. Esta buena gente me llevará á casa más tarde... viva ó muerta.

Cuando la Varetti, escondiendo la risa, se despidió de ella, casi era ya de noche.

Seguía nevando.

En el camino había ya un palmo de nieve.

Dudó un momento antes de decidirse á atravesarla; luego avivó el paso.

Los dos faroles de gas, velados por la nieve, apenas se destacaban en la obscuridad como discos de pálida luz; el estrépito sordo de las máquinas de los talleres próximos, llegaba hasta allí débil como si saliera de debajo de tierra, y el sonido del yunque del herrero, que estaba á la entrada del pueblo, parecía venir de una gran distancia.

Así como á un tercio del camino creyó ver la maestra una sombra que se movía detrás de un árbol; se detuvo con la respiración contenida; recobró el valor y siguió su camino.

A dos pasos del árbol, se le presenta Muroni.

Estuvo á punto de lanzar un grito, le reprimió, viendo que él se quitaba el sombrero.

—¡Otra vez!—exclamó con indignación.—¿Qué quiere?... Déjeme pasar.

El respondió con su ronca voz, pero en tono respetuoso:

—Hay tanta nieve, yo iré haciéndole camino... Si usted quiere.

—¡No quiero!—contestó la maestra.—Quítese de aquí, ó pido á gritos socorro.

—¿Por qué?...—replicó él en voz baja.—¿Cree usted que soy?... ¿Cree que no tengo yo también algo de corazón?... No tiene por qué quejarse de mí hace algunos días.

Y sin darle tiempo para responder, se puso de un salto cinco pasos delante de ella y comenzó á caminar hacia la escuela, con el cuerpo inclinado, resbalando rápidamente los pies uno contra otro para abrir un sendero en medio de la nieve.

Algo serena la maestra le siguió un trecho sin perderlo de vista, pero luego, sobrecogida por un miedo repentino, lanzóse hacia adelante para huir, en un momento en que él iba deteniendo su paso, y le tropezó con las rodillas. Él perdió el sentido, y lanzando un ¡ah! sofocado, se volvió bruscamente, la aferró con las dos manos por la cintura y buscó su cara con la boca.

La maestra luchaba furiosamente bajo el aliento encendido que despedía olor á aguardiente y á tabaco.

—Deme un beso—dijo él con débil voz,—un beso y la dejo marchar... uno sólo y la dejo libre...

Diciendo esto, furioso, abandonó el talle para cogerle la cabeza con ambas manos: ella se deslizó de entre sus brazos con un rápido

movimiento, echando á correr desesperada hacia la escuela gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!—pero con una voz tan apagada, que nadie la hubiera oído.

Él la persiguió, ansioso, pronunciando palabras incomprensibles.

En medio del terror que la privaba del sentido le pareció oír:

—¡Perdóneme! ¡Perdóneme!

Luego no oyó nada, ni siquiera sus pasos.

Llegó traspasada á la escuela tambaleándose en el pasillo, y encontrándose con la mujer del bedel que llevaba una luz, se dejó caer sobre la pared como muerta, agotada y desvanecida.

—¿Qué es eso?—preguntó espantada la mujer.

—¡Un ladrón!—contestó ella.

El portero acudió.

—¿Un ladrón? ¿Un ladrón?—y cogiendo un palo, se lanzó fuera, atravesó el patio... y... cerró la puerta.



XIX

La infeliz maestra pasó la noche con fiebre, pensando cuál sería el camino mejor para recurrir á la Justicia, porque ya no cabía duda, era una cosa necesaria: no sabía si referir el hecho al maestro Gavallo como director, para que expulsara á Muroni de la escuela y lo denunciase á la guardia civil, ó ir sin más ella misma á ver al caballero Sannis, que era el personaje más autorizado del pueblo, para que él proveyese en el modo que estimara más oportuno. A dar algún paso, cualquiera que éste fuese, estaba resuelta; su ánimo no podía soportar la idea de que hubiera de tener un nuevo encuentro, y sufrir un terror tan grande como los que había experimentado, ante cuyo recuerdo todavía temblaba.

En la mañana siguiente se levantó decidida para ir á casa del Inspector, después de habérselo advertido, por delicadeza.